

“¿Te acordás, Juan?”: la carta que una mujer le escribió al amor de su vida 25 años después de la muerte

11/01/2026



Mary tenía 53 años cuando conoció a Juan. No eran jóvenes, pero tampoco ancianos. Estaban en esa edad exacta en la que **la vida ya enseñó casi todo, pero todavía se permite una última fe.**

Ambos venían de historias largas, de familias humildes, de trabajos sostenidos a puro esfuerzo. Los hijos ya estaban grandes, los nietos empezaban a ocupar el centro de la escena, y **el amor –ese amor intenso, desordenado, urgente– parecía una página ya leída.** Pero no.

Se encontraron cuando ya no había que demostrar nada. Mary era docente, escritora, hipoacúsica, sensible y lúcida. Juan era músico: **guitarrista formado, 11 años de academia, amante del**

folclore y la música clásica. Tocaba como quien habla desde un lugar íntimo. “Tocaba como los dioses”. Cuando interpretaba a Falú, Mary sentía que **estaba diciendo lo que no se animaba a poner en palabras.**

Nunca convivieron. No por falta de deseo, sino por respeto. A los hijos, a las historias previas, a lo que cada uno había construido. Eligieron una forma de amor menos visible y más profunda: **encuentros, caminatas, peñas, recitales, reuniones de escritores.** Días compartidos sin rutina, sin reclamos, sin posesión.

Durante cinco años fueron eso: **dos adultos eligiéndose.**



Juan era músico: guitarrista formado, once años de academia, amante del folkllore y la música clásica. Tocaba como quien habla desde un lugar íntimo. (Foto: Imagen generada con IA)
Soñaron una cabaña de troncos. Los atardeceres de otoño. Caminar entre hojas secas en las sierras. Un hogar que nunca llegó a levantarse, pero que existió igual, **en el plano invisible de lo imaginado**. Rosales que quedaron sin plantar. Canciones tocadas una y otra vez para sostener lo que no se decía.

Hasta que un día, sentados frente a un lago, Juan dijo:

–Hasta aquí llegamos.

Mary entendió que **algunas decisiones no se discuten: se padecen.**

Juan murió años después, como consecuencia de un accidente de tránsito. Mary no volvió a amar. Pasaron 25 años. Siguió trabajando, enseñando, escribiendo. Vivió sola.

Hace poco, un incendio arrasó con su casa, sus libros, sus pertenencias. Atravesó problemas de salud. **Perdió casi todo, menos la memoria intacta de ese amor.**

Hoy, a los 78 años, Mary escribe esta carta. “Fue doloroso, pero necesario”. **La envía con la ilusión de verla publicada.** No como un recuerdo literario, sino como un gesto vital: **“Un intento de cierre”.**



Hace poco, un incendio arrasó con su casa, sus libros, sus pertenencias. Atravesó problemas de salud. Perdió casi todo, menos la memoria intacta de ese amor. (Foto: Imagen generada con IA)

Porque aunque la llame “Carta de despedida”, lo cierto es que Juan sigue ahí. Demasiado presente. Tan presente que todavía duele. **Tan presente que necesita ser nombrado una vez más.**

Y tal vez esa sea la enseñanza más incómoda y más verdadera de

esta historia: que el amor no siempre se va cuando termina, que el tiempo no garantiza el olvido, y que incluso a los 78 años, **a veces necesitamos hacer un cierre obligado para poder –aunque sea– volver a empezar.**

Esta es la carta que Mary le escribe a Juan.

No para olvidarlo.

Si no para aprender, por fin, **a soltarlo un poco.**

Carta para Juan

Las luces de la costanera se acostaban sobre el lago, se alargaban como teclas de un inmenso piano en las aguas quietas. Frente a ellas, en un banco de madera (¿te acordás de esa noche, Juan?), vos y yo, mudos, sin tocarnos, mirábamos las aguas.

– Hasta aquí llegamos –dijiste.

Sí, hasta aquí, pero, ¿y después? ¿Cuando “después” sea hoy? ¿Cuando “después” sea ayer? ¿Cuando el silencio llene todos los rincones? ¿Cuando los años pasen y nos dejen descolgados?

Porque ya no éramos jóvenes; porque ya habíamos bebido hasta el final la copa de las frustraciones, los renunciamientos y los desencantos.

Porque nosotros nos encontramos después de los hijos y de los nietos, después de los éxitos y de los fracasos.

– Cinco años, Juan –esa era mi voz. ¿Qué intenté decir? ¿Tuvo mi tono el poder de síntesis que quise expresar? ¿Pude resumir en esas dos palabras todos los sueños compartidos? ¿La cabaña de troncos? ¿Los atardeceres de otoño? ¿Las caminatas pateando parvas de hojas caídas en piruetas de saltimbanquis?

¿Sabías que cinco años son mil ochocientos veinticinco días? ¿Sabías que tu decisión destruyó un proyecto de vida armado,

sustentado y acariciado como un tesoro, cada uno de esos mil ochocientos veinticinco días?

Encender los leños de un hogar que nunca construimos y sentarme a escuchar esa “Alfonsina y el mar” que interpretabas tan bien. Asomarme por la ventana para ver los rosales que jamás plantamos, aspirar el delicado perfume que se adentra en el alma para colmarla de nostálgicos valeses de primavera. Caminar los senderos serranos de tu mano, que no estaba apretando la mía, la que necesitaba tanto tu calor y tu apoyo. Escribir un poema, un poemita en “nonsense”, como los que te escribía, plagado de “acrónimos”, ese lenguaje inventado por y para nosotros dos solamente, para que lo encontraras bajo tu plato, a la hora de la cena, a la hora de esas largas charlas que nunca tuvimos, donde vos comentabas las inquietudes de tu trabajo y yo, las travesuras de mis alumnos.

– Bueno, te voy a hacer un último regalo –dije, tratando de parecer calma e indiferente, y reteniendo con gran esfuerzo las lágrimas– ¿Ves ese piano de luz sobre el lago? Te lo regalo. Para que cada vez que te sientas triste, vengas aquí, a este banco e interpretes “Alfonsina y el mar”.

Y hoy, diez años después, estoy sentada sola, frente al lago, mirando el piano que te regalé y preguntándome si fuiste feliz, si te amaron como te amé, con alegría, con dedicación, con sacrificio, con pasión... Preguntándome si en el cielo hay pianos donde puedas tocar “Alfonsina y el mar”.

¿Cuántas veces volaste en la alfombra mágica de los sentires, las vivencias, lo sutil?

¿Cuántas veces te emocionaste, lloraste y soñaste en estos diez años?

¿Cuántas veces en estos tres mil seiscientos cincuenta días recorriste esos territorios de la nostalgia y la evocación de lo que no fue?

– Diez años, Juan –digo en voz alta, para que me escuchen el lago y tu piano de luz, para mi soledad y tu recuerdo.

María Luisa Gisbert

Fuente: TN